

La máquina de la nada

Escrito por Sergio Weizenegger



Reservados algunos derechos

Se permite la copia y modificación siempre y cuando se mencione al autor.
Las versiones derivadas sólo podrán distribuirse bajo las mismas condiciones.

Año 2006

Prólogo

Una imagen no vale más que mil palabras

Ví por primera vez un fotolog, y quedé asombrado de cómo la gente pueda usar un “medio de comunicación” que los restrinja tanto. Al punto que lo que se pueda comunicar por él sea casi nulo. Es una moda, sin embargo el sitio internacional www.fotolog.com se volvió tan popular entre los argentinos que fue comprado por una empresa argentina, Ubbi.

El fotolog es una especie de “falso sitio” de Internet que uno puede crear, que se diferencia de un sitio web. En un sitio de verdad uno puede poner cualquier texto, gráficos, fotos, animaciones, música y video; en el fotolog sólo se puede publicar una foto por día, con un epígrafe. Y diez personas pueden publicar un comentario de texto corto sobre la foto.

El medio es tan limitante, que el mensaje es nulo. Nadie usa el fotolog para decir algo importante, porque no se puede. Es una censura doble: no sólo está la censura tradicional (no mostrar desnudez, etc.) sino que el formato en sí es una forma de censura.

El hecho de que los argentinos sean adictos a un medio de comunicación tan estructurado que parece orquestado por Videla o Massera da a pensar ¿Somos hijos del rigor? Seguramente sí. El fotolog no es la única muestra. En el programa de televisión del infame Marcelo Tinelli, Showmach (antes conocido como Videomach) hubo una popular sección llamada “30 segundos de fama” en la que seis personas tenían 30 segundos de aire para hacer o decir algo. ¿Qué se puede decir en sólo 30 segundos que valga la pena? ¿Acaso yo, que escribo estos cuentos, podría decir algo en sólo 30 segundos? Otra vez, da una falsa comunicación. Parece que se dice algo, pero es imposible decir algo que importe o valga la pena.

A la gente le gusta que los limiten en lo que pueden decir, al menos de esta manera. Si esta tendencia a renunciar a la libertad de decir lo que uno quiere *como* quiere sigue así, pronto tampoco vamos a poder decir lo que se quiera. El formato debe ser lo más libre posible, para admitir cualquier mensaje.

Si tengo que elegir entre decir algo en una imagen o mil palabras, elijo las mil palabras, y en lo posible más de mil.

Cuando se pierde la libertad

La dictadura volvió en el 2013. Los viejos lo pidieron, porque estaban cansados de la inseguridad. Salieron a la calle en Mayo, y durante 3 días pidieron que vuelvan los milicos. Eran casi un millón de jubilados pidiendo que vuelva la dictadura militar. Y volvieron.

Yo no me podía ir del país, porque ya había agotado casi todos mis recursos. Estaba viviendo en Buenos Aires, pero me mudé a Ushuaia. Ya sabía lo que iba a pasar, porque ya había pasado antes. Siempre me gustó analizar los ciclos de la historia, y cronometrar cuánto tardan en repetirse. Pero esto era demasiado. Por eso pensaba que en Ushuaia no me iban a encontrar.

Había escrito dos libros “subversivos”: mi colección de cuentos y mi novela Bug. Los llamaba subversivos porque incitaban a pensar. Eso era suficiente. Desde el 8 de Mayo, pensar estaba prohibido.

Quizás esta vez se abstenían de matar gente, pese a lo que dijo el general Cigliutti. Él dijo “Esta vez van a haber menos desaparecidos, y solamente van a desaparecer los chorros”. No le creía. Aún así, aunque no mataran a nadie, la cultura como la conocía y la disfrutaba iba a desaparecer. Porque cuando el autoritarismo llega al poder, el fin primero y último es acabar con la oposición, y ésta no es la integridad física de sus participantes, sino su forma de pensamiento. Pasó todo lo que yo sabía que iba a pasar.

Me había convertido en una persona peligrosa para el gobierno, y ellos lo sabían. Había publicado en Internet mis libros, y los había editado en papel. Había comprado con mi tarjeta de crédito los libros que luego prohibieron, como los de Ray Bradbury, Isaac Asimov, etc. También había usado mi tarjeta para comprar, en su momento, lo que sería la música prohibida: Björk, Atari Teenage Riot, Nirvana, Metallica, Fear Factory, etc.

Como el golpe militar había sido desatado por el progresivo aumento de la delincuencia, pensaba que la primera manifestación cultural que desaparecería sería la cumbia villera. No fue así. Prohibieron el rock. De vuelta el rock, otra vez no se podía escuchar a Charly García o cosas así. Decían que incitaba a la violencia, en especial el heavy metal. La cumbia, de alguna manera, representaba la ignorancia de los militares que planearon el golpe. O simplemente les gustaba. Como sea, prohibieron el rock.

El concierto de Iron Maiden del 27 de Mayo, para el cual yo tenía entrada, fue suspendido. Nunca más heavy metal. Y así empezó la nueva era obscurantista.

Las listas negras

Yo pasé a estar en la lista negra. En mi libro de cuentos, “Recuerdos del mañana” habían cuentos que a los censores les parecieron de corte subversivo. Entre ellos Apostasía, en la que los humanos matan a Dios, o Dominio, en la que un socialista gobierna al mundo. Se me comunicó que ya no podría escribir más. Mis libros fueron subrepticamente sacados de circulación. Quedaba mi sitio, pero no por mucho.

El grupo Clarín, que había comprado a todos los canales de televisión de aire en el 2010, también había comprado a todos los proveedores de Internet (en el 2006 ya habían comprado a Fibertel). Esto no significaría nada, de no ser porque el grupo Clarín apoyaba abiertamente a la dictadura. Ellos habían hecho la campaña de propaganda previa a que el gobierno mixto de Cigliutti y Blumberg llegara al poder. Así que una vez consolidada la dictadura, prohibieron Internet. Los proveedores, todos en manos de Clarín, dejaron de dar el servicio de conexión a Internet. En cambio, lo sustituyeron por la RSI, Red de Servicios Integrados, que era una red nacional sin salida al exterior. En esa red estaban los contenidos del grupo. Nadie podía hacer ya su página personal o blog, excepto por los “greetlogs” donde la gente podía publicar saludos a la manera de un clasificado. Y sólo saludos.

CAPIF celebró más que nadie el cierre de Internet, ya que de ese modo se “anulaba la piratería”, excusa oficial del gobierno para cerrar la Red.

Así que mi sitio quedó inaccesible para los argentinos, así como la Argentina quedó aislada del resto del mundo. Y comenzó el reemplazo cultural, una técnica del gobierno para reemplazar las ideas por contenidos espúrios.

La invención del greetlog (derivado de esa mierda de fotolog) fue la primera técnica de reemplazo. Después fueron por los libros.

Para el año 2013 había una cantidad enorme de libros, todos ellos llenos de las malditas ideas. Entonces los militares inventaron algo que llamaron “revolucionario”: los *trilibros*. El trilibro era como un libro, es decir, tenía tapa y hojas, pero en sus hojas no habían palabras ni fotos, sino hologramas. Esos hologramas tridimensionales estaban hechos con la técnica holográfica clásica, un poco mejorada. La misma técnica que se usaba en la tapa de los discos para el sello de autenticidad.

Ahí comencé a comprender. Mis libros tenían palabras, palabras de reflexión, palabras de tristeza, palabras de alegría, dolor y violencia. Pero los trilibros no tenían ninguna idea, porque no tenían palabras. Sólo esas absurdas imágenes 3D tomadas de paisajes, lugares y personajes famosos. No había idea, no había ideología posible o mensaje en ellos.

La ley 733 del gobierno luego puso un impuesto excepcional al libro, y estaban exentos de él los trilibros, para “fomentar el desarrollo de las nuevas tecnologías”. Los libros se volvieron casi inaccesibles, mientras que el sorprendente trilibro era prácticamente regalado.

Persona a persona

Después nos dieron los neófonos. Los daban gratis, a todas las personas. El servicio también era gratis. Los neófonos no servían para hablar, aunque tenían un pequeño parlante. Sólo se podían enviar mensajes de texto. Y el límite era de 100 caracteres. Ésta, me di cuenta yo, no era una deficiencia técnica sino deliberada, ya que además de las 100 letras uno podía agregar una de las 200 imágenes precargadas (no tenía cámara incorporada) y también poner alguna música con el mensaje. La música también estaba precargada, pero luego hicieron un servicio para que la gente pueda bajar más tonos y gráficos.

La cultura del greetlog había llegado al mensaje multimedia. Podíamos decir poco, pero ponerle color y otros adornos. No era importante lo que dijéramos, sino cómo lo dijéramos.

Se suponía que el uso de neófonos reemplazaría al ahora prohibido e-mail. Todos sabíamos que los mensajes enviados por neófonos quedaban guardados en las bases de datos del gobierno.

Increíblemente, la gente usaba profusamente sus neófonos. Vivían mandando mensajes, adornados por fotitos de perritos y cosas así. Los mensajes eran en sí saludos y otras boludeces, con música de Rodrigo y La Mosca.

Luego, aduciendo una supuesta sobrecarga de las líneas telefónicas, limitaron la duración de las llamadas a un minuto.

En ese momento me puse a hablar con Rodolfo Gaetani, un vecino mío, que dijo:

-Si las líneas telefónicas están sobrecargadas, ¿Por qué no usan el ancho de banda de los neófonos para ello?

-No están sobrecargadas.-Le dije yo.

-Ya sé. Es todo una técnica para que sea más fácil grabar las conversaciones.

-Puede ser, pero no lo creo. Fijate lo que pasó con los trilibros. La finalidad es que la gente no pueda decir nada. ¿Qué se puede decir en un minuto que valga la pena?

-Para eso deberían prohibir el teléfono y listo.

-No hace falta prohibirlos, sólo limitarlos.

Esa tarde recibí una llamada de 55 segundos desde Buenos Aires: "Gabriela desapareció. Hace 3 días que nadie sabe de ella. Tené cuidado vos, que andás en esas cosas jodidas". Las cosas jodidas a las que se refería Pedro es un DVD que le presté hacía un año a Gabriela, y nunca se lo reclamé. Era la película *V de Venganza*, la película más prohibida por el régimen militar. Ella la tendría que haber tirado. Pero es una muy buena película.

La telecracia

Con el grupo Clarín (o sea, los militares) controlando América, Canal 9, Telefé y Canal 13 era evidente lo que iba a pasar. Culo y teta, la tinellización de la TV fue, por lejos, el elemento de mayor idiotización de la población. Hasta que apareció el programa “Telecracia”.

Lo presentaban como un nuevo medio de comunicación, aunque yo ya había visto cosas así como “Televisión abierta” 10 años antes. El slogan de Telecracia era aún peor que el de los trilibros. E irónico. “Aportando la democracia a la TV”. Qué mentira. El de esos putos libros holográficos era “Trayendo una nueva dimensión a la lectura”. Se habrán olvidado que le sacaron la dimensión del pensamiento.

No había un sólo conductor, sino muchos: Tinelli, Polino, Casella, etc. Cualquiera podía salir en Telecracia, y hacer y decir lo que quisiese. Con tres limitaciones: el programa estaba grabado (o sea, había censura previa); sólo un minuto por persona, y tenían que cumplir con la consigna de toda esa semana. Nunca lo voy a olvidar, ya que la primera consigna fue que lo que se diga tenía que rimar. Era muy difícil decir algo en el programa, y sin embargo en el primer programa salieron 40 personas. Todos ellos dijeron sus rimas durante un minuto. Al final un “jurado de notables” compuesto por ex-capocómicos y vedettes retiradas, elegiría al mejor y le daban un premio de 10.000 pesos.

Ese primer día todos lo vieron, para ver de qué se trataba.

En los días subsiguientes, Telecracia siempre pudo llenar el cupo de 40 personas diarias para la hora (incluyendo publicidad) que duraba. Se convirtió en el programa más visto de la TV, un fenómeno nacional. Todos lo veían para ver si salía algún conocido suyo y le mandaba saludos. Arañaba los 50 puntos de rating. Yo también lo veía a veces, pero lo contemplaba asqueado. El gobierno había creado lo que tanto quiso, algo que pudiera anular toda comunicación. La gente que salía en Telecracia pensaba que le decía algo a todo el país, pero no decía nada en realidad. El mensaje era vacío: sólo saludos e incoherencias.

Durante las otras semanas cambiaron las consignas: había que hablar en forma de soneto, de haiku, cantando sobre una cumbia conocida, o haciendo malabares. Era cada vez más difícil. Me imaginaba a mí mismo denunciando la desaparición de mi amiga en el programa, disfrazado de gallina, colgado al revés, y cantándolo sobre una música cuartetera.

Las consignas eran cada vez más exóticas y estafalarias, exigiendo complejos disfraces y habilidades que no todos tenían. Ellos decían que era para hacerlo más divertido.

La idea con la que presentaron el programa era que cualquiera diga lo que quiera, para mostrar que había democracia. Era imposible decir algo inteligente en un medio tan estúpido, más allá de que hubiera censura o no. Pero a la gente le gustaba.

El escritor prohibido

En Buenos Aires habían quemado mis libros. Yo seguía escribiendo. Escribía en la computadora y lo imprimía varias veces. Luego lo fotocopiaba. Y las personas a las que se lo daba también fotocopiaban los cuentos, y así sucesivamente, hasta que quedaban fotocopias ilegibles. También repartía diskettes con los archivos en PDF. No había Internet, no había forma de transmitir los archivos pero los podíamos copiar por los medios físicos.

Mientras escribía veía la televisión, el único medio aceptado (y controlado) por el sistema. Los otros programas, o sea los que no eran telecracia, eran reality shows, concursos de talentos, telenovelas costumbristas y programas de chimentos. Ver toda esa basura me inspiraba a escribir una prosa cada vez más cáustica y rebelde.

Uno de mis “programas favoritos” o sea, que más odiaba, era Operación Triunfo, o como le decía José María Pedreño “El triunfo de la operación”.

En ese programa fascista, un grupo de personas eran alienados en una Academia, y se ponían a “mejorarse” cantando distintas canciones a cuál mas grasa. Un susodicho jurado de notables elegiría por descarte al mejor. O sea, iban eliminando de la academia a todos aquellos que no se ajusten a los parámetros arbitrarios del jurado. Finalmente, sólo uno quedaría sin ser eliminado. Entonces ése personaje recibiría un premio de la industria discográfica (los mismos que prohibieron casi toda la música) para poder ser difundido.

El mensaje final del programa era, entonces, que si sos bueno ganás. Para ello debés ajustarte a lo que diga el Sistema, y si lo hacés el Sistema te premia. El premio es sólo para los mejores, o como diría Hitler, para los más fuertes.

Escribí un cuento llamado “Operación Dictadura” en el cual hacen un programa donde hay que destruir libros, pinturas, discos y gentes subversivos frente a un jurado de militares, y ellos elegirían al más cruel y obediente eliminando al resto (eliminando en el sentido literal). El premiado entonces podría entrar al ejército y matar a más gente. Ese cuento fue muy popular.

El día que salió el sol

Durante dos años todo fue así. Siguieron desapareciendo personas, con el pretexto de la mano dura. Y la gente totalmente idiotizada seguía mirando la televisión.

Había una especie de vacío legal, no era en realidad un vacío. Si bien los 4 canales de aire privados estaban en el mismo grupo, que a su vez controlaba los sistemas de televisión por cable (Multicanal y Cablevisión), estaba abierta la posibilidad a que se cree un nuevo canal.

Así nació el canal I (I de Independiente). El COMFER tuvo que aceptar a la cooperativa y le asignó una frecuencia. Hicieron transmisiones de prueba.

La primer transmisión oficial fue anunciada con bombos y platillos. Todos la querían ver porque era lo nuevo, y lo nuevo siempre se ve, aunque sea para saber cómo es. Yo también la vi. Era el 15 de Junio de 2015, y a las 8 de la noche un ignoto presentador dijo que el primer programa en emitirse sería Televisión Libre. Que era como Telecracia, sólo que no había límite de tiempo, ni consigna alguna. No había que cantar, ni rimar, ni andar en monociclo. A muchos les parecía muy “abstracto” y posiblemente aburrido, pero a mí me parecía más lógico. Sabía que sea lo que sea, no habrían saluditos, códigos adolescentes ininteligibles, espectáculos circences, culos y tetas.

Apareció un hombre frente a una pared. El hombre no tenía disfraz. No había escenografía. No bailaba ni cantaba. Se presentó como José Arroyos. Y contó en un tono monótono, una historia de 37 minutos. No uno, como el que da la Telecracia o la llamada telefónica. 37 minutos explicando cómo una dictadura gobernó un país durante dos años, desapareciendo a miles de personas. Cómo destruyeron la economía y la cultura, idiotizando a la gente. Cómo un traidor como Juan Carlos Blumberg aceptó formar parte del golpe de Estado, y cómo el grupo dirigido por los herederos de Noble controlan todos los medios.

Y cuando terminó de contar toda la historia resumida de estos 2 años trágicos, mostraron un video. Nada de efectos especiales pirotécnicos, nada de bicivoladores o de vedettes siliconadas. No era un video de cumbieros con bailarinas, ni raperos de barrio. En el video se veía (mal pero se entendía) a 2 militares con uniforme torturando a una mujer. La chica estaba desnuda, colgada de los brazos esposados como una media res, y ellos la torturaban con una picana improvisada hecha a base de una soldadora eléctrica. La chica gritaba y gritaba, y gritó hasta que dejó de gritar. Y ahí la dejaron. Dejaron el cadáver solo, colgando como un chancho.

Ese día la gente apagó la tele. Y dejaron los mensajitos de neófono. No escribieron mas saludos en los greetlogs. Ese día volvieron los e-mails, las páginas web personales, los blogs de verdad, los viejos celulares y los libros.

A partir de ese día no hubo más dictadura.